

APUNTE DEL DIRECTOR

JOSÉ ANTONIO RODRÍGUEZ RANZ

CO- DE CORONAVIRUS, CO- DE COMUNIDAD, CO- DE FUTURO

Escribo estas líneas en pleno confinamiento. Es lunes, 13 de abril. ¿Cuándo podrás leerlas tú, lector? No tengo ni idea. En estas semanas si algo he aprendido es a no hacer previsiones en el tiempo.

La situación hoy, aunque dicen que estamos ya en fase de estabilización, sigue siendo dura, grave. Pasará lo más duro, lo más grave. Y entonces nos enfrentaremos a un nuevo presente, a un nuevo futuro. ¿Cómo será ese futuro post-coronavirus? Tampoco tengo ni idea. Algunas cosas, no obstante, sí parecen dibujarse en el horizonte: no todo -o quizás hablando con más propiedad- casi nada será como antes, nos enfrentaremos a una depresión económica sin precedentes próximos, y nuestra manera de vivir y de relacionarnos experimentará cambios profundos. La vida va a ser diferente y, muy probablemente, más difícil.

En lo que todos estamos de acuerdo es que esta situación está sacando lo mejor de nosotros mismos, y que entre eso bueno está el fortalecimiento y la puesta en valor de la comunidad. ¡Mala noticia para algunos! Lo hemos repetido una y mil veces en estas páginas: la humanidad no es la suma aritmética de 7.700 millones de individuos. La humanidad somos 7.700 millones de personas, personas que llevan inscrita su dimensión social en su ADN, personas que nacen, crecen y viven en comunidades -desde los entornos más próximos a la comunidad global-.

Esta reflexión me permite traer a colación algo que desde hace tiempo me ronda en la cabeza y más de una vez he comentado. Es casi una anécdota, anterior a la situación excepcional de ahora, pero hoy es el día para traerla a este apunte. Son las 13 horas o las 16 horas en cualquier bar de cualquier pueblo de Euskadi. Un sinfín de prejubilados y jubilados matan el tiempo un

día sí y otro también hablando de fútbol, jugando la partida o viendo carreras de caballos. Y cada vez que veo esa escena pienso lo mismo: ¡cuánta energía vital desaprovechada! Y no, no estoy en contra de las prejubilaciones ni de las jubilaciones anticipadas -¡me alegro y mucho personalmente por quienes han podido optar por acogerse a ellas!-. Y tampoco estoy en contra -¡cómo iba a estarlo, si yo mismo soy un buen usuario!- de los bares, de las tertulias de fútbol o de las partidas de mus.

No sería justo, además, si no reconociese que gran parte de esos prejubilados y jubilados en plenitud no están ociosos: familia, ejercicio físico saludable, aficiones... forman parte de su día a día. Y tienen, faltaría más, todo el derecho del mundo a disfrutar de un más que merecido ocio extra. Pero... sigue habiendo tiempo para todo.

No, no estoy hablando solo de buenismo. Estoy hablando de activar una energía social -hoy en gran medida desaprovechada- en beneficio de todos y todas. Necesitaríamos dos cosas: por una parte, el compromiso personal voluntario de los directamente implicados; y por otra, y no menos importante, un caldo de cultivo institucional y social favorable a impulsar y encauzar esta energía social -el nicho de jubilados en plenitud es solo uno de los nichos posibles-. Ojalá esta puesta en valor de la comunidad que tan claramente percibimos ahora en la situación excepcional que estamos viviendo, sirva para crear en el futuro ese caldo de cultivo.

Una última consideración. La ecuación pirámide de edad - estado del bienestar nos va a obligar a repensar nuestros propios modelos. La variable comunidad -junto a otras variables como las políticas de natalidad y familia, la Europa social o el partenariado público privado, entre otras- está llamada a jugar un papel decisivo si queremos que la ecuación siga siendo sostenible en el medio y en el largo plazo. Por ello, si afrontamos la época post-coronavirus con los valores asociados a la idea de comunidad en la mochila -empatía, cohesión, solidaridad, compromiso, bien común, el nosotros por encima del yo-, el camino será, sin duda, mucho más llevadero.